

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 16, 2-4.12-15): *Yo haré llover pan del cielo.*

Salmo (77, 3 y 4bc.23-24.25 y 54): *«El Señor les dio un trigo celeste»*

2ª lectura (Efesios 4, 17.20-24): *Abandonar el anterior modo de vivir.*

Evangelio (Juan 6, 24-35): *Que creáis en el que Él ha enviado.*

“Todos nos movemos por el interés”. Este dicho popular refleja muy bien la situación actual de los hombres, prescindiendo de su credo o status social. En muchas ocasiones, no siempre, por supuesto, todos nos movemos por el interés. Cuando nos movemos, nos interesamos e incluso nos comprometemos solo con aquello de lo que podemos obtener un beneficio.

En el lenguaje bancario, el término “interés”, o mejor en plural, “los intereses”, así lo indican. Este término nos da una visión muy pobre, roma o parca de la calidad que, inicialmente, se supone a todo ser humano. Si solo obramos por interés, ¿dónde queda la generosidad del que piensa y actúa por los demás, del que gasta su tiempo, sus capacidades e incluso su dinero por los demás?

“Nadie da nada gratis”. De la misma forma que un empresario busca obtener beneficios, también en la vida diaria todos “buscamos beneficios”: unas veces afectivos, otras psicológicos, otras sociales o incluso religiosos. Hasta las personas que pensemos que son más generosas, más dadas o desinteresadas, todas actúan pensando en la “recompensa”.

Si esto es así, ¿también la fe a la que nos invita Cristo en su Evangelio es fruto o consecuencia de nuestro “obrar interesado”? Solemos decir que la fe es un “don”: respuesta agradecida a una propuesta anterior, aceptación de un regalo que nos “sobrepasa”, pero ¿es también un “intercambio” de favores un “doy para que me des”? La fe y la vida van cogidas de la mano, navegan en la misma barca; las respuestas que demos a una nos llevarán a la otra.

No podemos afirmar, que nuestras murmuraciones y argumentos sean “contra Dios” a no ser que seamos unos ateos o unos engreídos; es más ajustado decir que “nos quejamos ante Dios”. La Palabra de Dios recoge que el pueblo de Dios en más de una ocasión “se quejó” o “murmuró” contra Dios y sus enviados. El mismo Jesús tuvo que soportar la dureza y la oposición de aquellos a quienes se dirigía, que no aceptaban sus palabras o que no creían en Él.

El pueblo de Israel en el desierto se queja de que Dios lo haya puesto en camino, pasando dificultades. No quieren aceptar ni entender los signos de Dios. Dios no le abandona, le envía el “maná”, pero eso no le interesa al pueblo que atraviesa el desierto. Por eso acusa a Dios, o mejor a Moisés y Aarón, de haberlos sacado de Egipto para aniquilarlo. La Escritura nos enseña que Dios escucha a Israel, que lo saca de la esclavitud y lo alimenta en el desierto. Pero el pueblo tiene “otros intereses”.

Jesús, en su anuncio del Reino, también se enfrenta con los intereses de la gente. Ellos le siguen porque les da de comer. Jesús quiere que comprendan el «signo» del pan que se bendice, se parte, reparte y comparte. El signo de Jesús busca que entren en una nueva comprensión, la de «el verdadero alimento».

En la vida diaria aparecen los intereses. Todos tenemos los nuestros, legítimos, que favorecemos y defendemos: la estabilidad familiar, la prosperidad económica, las buenas relaciones sociales. Sin embargo, la fe no forma parte de este mundo de intercambio “interesado”. **¿De dónde nace la fe?**

La fe ni se compra ni se vende. Los ricos no tienen más fe y los pobres menos; no depende del “nivel adquisitivo”. Tampoco podemos decir que sea fruto de una “estrategia política”: creo “a cambio de”, o “vamos a negociar”. La fe es un «regalo» que se acepta aunque no lo merezcas; por eso no se puede pagar. La fe, cuando se recibe, es una inmensa alegría, aunque no “persiga ningún interés”. La fe es «capacidad de descubrir los signos de Dios». El creyente ve allí donde el no creyente se topa y se choca. El creyente acepta lo que, el no creyente se resiste a aceptar.

La fe descubre nuestra hambre de Dios. El pueblo de Israel murmura contra Moisés y Aarón, la gente que ha comido en abundancia pide pruebas a Jesús. En ambos casos saben que tienen hambre, pero no lo identifican ni lo resuelven. Dios da a Israel el maná, alimento provisional. Jesús ofrece a quienes le escuchan el «pan de vida» que sacia el hambre del hombre.